

## CAPITULO XVII.

Una acusacion.

Dejemos á Willey dirijiéndose á casa de Doña Cruz para pedirle el cuaderno entregado por la mereachifle, y volvamos á la estancia en que Inés esperaba á su hermano Emilio con objeto de que desistiese del empeño de unir á Clotilde con Duval.

El señor Landeta, como hemos visto en otro capítulo, se presentó á su hermana en el instante en que ésta acababa de encender el quinqué de la pieza en que se hallaba.

Don Emilio dió las buenas noches, y dirijiéndose hácia Inés con fraternal franque-

za, le dijo con la dulce afabilidad propia de una persona de fina educacion:

—Me han dicho que deseabas hablarme, hermosa Inés.

—Sí, Emilio: deseaba pedirte un favor.

—Tendré verdadera satisfaccion en servirte: ¿qué podria yo negarte el dia en que va á unirse nuestra querida hija con uno de los hombres mas ricos y generosos de la ciudad?

—Precisamente la causa que reconoce tu excelente disposicion para complacerme, es la que yo te agradeceria desapareciese.

—¡Cómo! ¿Anhelas que no se verifique la union de Clotilde con Duval?

Exclamó Landeta dejando ver en su rostro pintados la sorpresa y el disgusto.

—Siempre me has oido expresarme de la misma manera con respecto á ese enlace, del cual no brotará otra cosa que la eterna desgracia de la hermosa jóven, cuyo porvenir te propusiste que fuese muy feliz.

—¿Y qué mas bello porvenir se le puede presentar á Clotilde, que las riquezas, el amor y el fausto, que le brinda la mano del

hombre que reúne á una fortuna inmensa un amor que raya en frenesí?

—¿Y crees tú que las riquezas satisfacen las exigencias de un corazón enamorado? ¿No daría Duval todas las que posee, por una mirada de cariño de la mujer que ama?

—Sin duda.

—Luego las riquezas, bienes materiales y perecederos, no pueden llenar ese íntimo sentimiento, todo espiritual, desinteresado y puro, que desciende del cielo sobre el alma, como el benéfico rocío cae de la nubífera techumbre al romper el alba matutina.

En el rostro de D. Emilio se marcó un gesto de indignación: su entrecejo se replegó imprimiendo á su fisonomía un aspecto severo; encapotó sus ojos bajo sus pobladas cejas, y mirando á su hermana con aire de reconvencción le dijo.

—Veo que piensas con la irreflexión de una niña, y no con la solidez que en otros asuntos te caracteriza. ¿No ama Duval á Clotilde con todas las veras de un alma apasionada? ¿No le obligará este amor á ser

tierno, obsequioso, fino, atento y respetuoso con ella; á complacerle en cuanto desee, á satisfacer sus mas ligeros caprichos, puesto que la fortuna le ha prodigado sus bienes con mano franca y generosa? ¿Y estas atenciones y esta deferencia y estos obsequios, no inclinarán su corazón al agradecimiento, que solo dista un poco de la amistad y del amor?

—Es que yo no creo que ese amor que tú le concedes, existe en el corazón de Duval.

—¿Cómo!

—En el corazón de ese hombre, yo no veo mas que un capricho, un deseo, un empeño de alcanzar á todo trance la mano de la mujer que le mira con repugnancia, el afán de triunfar de un rival á quien odia. Ha hecho de este delicado asunto una cuestión de amor propio, cuyo lauro se ha propuesto alcanzar. Satisfecho ese capricho, la desconfianza nacida del convencimiento de que no posee el cariño de la mujer á quien han sacrificado, engendrará los celos, el disgusto, y tal vez el odio hacia su triste y desgracia víctima. Sí, Emilio, tú que tienes

mas motivo que yo para conocer el corazon humano, no podrás menos de convenir en que mis temores están basados en la sana razon y en la justicia.

—Yo no sé otra cosa sino que no pensamos de la misma manera; y que tu oposicion sistemática á este enlace, es de todo punto inconveniente.

—¿Es decir que piensas llevar á todo trance esta union adelante?

—Sí; y se verificará, como está dispuesto, esta noche en la capilla que da al jardin.

—¡Imposible! Tú no querrás ser la causa de la desgracia de nuestra inocente protegida.

—Lo exige su bienestar y tu reputacion.

Exclamó Emilio con severidad, marcando las últimas palabras y dirijiéndole una mirada de reconvencion.

—¡Mi reputacion. . . !—contestó Inés admirada:—¿qué quieres decir?

—Quiero decir, hermana mia, que las lenguas maldicientes interpretan siniestramente nuestras mas ligeras acciones, y que traducen tu resistencia á este enlace, no

por cariño leal y desinteresado de amiga generosa, sino. . . .

—Acaba.

Dijo Inés con el semblante demudado y pálido.

—Hay quien se atreve á sospechar que es. . . .

—¿Qué?

—Tu hija.

—¡Mi hija!

Exclamó Inés tapándose el rostro con ambas manos.

La cortina que velaba la puerta por donde vimos desaparecer á Clotilde antes de que entrase D. Emilio, se movió ligeramente.

—Sí; tu hija.

Inés dejó escapar una exclamacion profunda de dolor, y su semblante se cubrió de un encendido carmin.

—Sí, hermana mia:—continuó D. Emilio con dignidad mezclada de compasion.—se empieza ya á murmurar de esa obstinacion tuya, y se pone en duda tu honor. . . .

Inés tembló al pensar que Clotilde les

estaba escuchando desde su cuarto, y la consideracion de que aparecia criminal á los ojos de aquel ángel de virtud, cuyo aprecio estimaba mas que su vida, le hizo pensar en lo que se debía á sí misma, y le dió fuerzas para salir de su sorpresa y abatimiento, y levantar con altivez la cabeza y fijar con severidad la vista en los ojos de su hermano.

Este se quedó sorprendido de aquella mirada serena y firme que solo se dirijen cuando se tiene la seguridad de una conciencia limpia.

Inés leyó lo que pasaba en el corazon de D. Emilio, y tratando de conservar el lugar digno que hasta entonces habia tenido en el tierno corazon de Clotilde, á quien juzgaba atendiendo á cuanto allí pasaba, exclamó:

—¡Con que el mundo ha llegado á interpretar siniestramente mi acendrado y desinteresado cariño hácia Clotilde!

—Sí, por desgracia.

—Pero ¿qué motivo? . . .

—Se habla de amores que yo ignoraba;

con un tal Ricardo; se confronta la fecha de éstos con la edad de esa jóven; se hace mérito de haberla encontrado expuesta á la puerta de nuestra casa; se traduce de demasiado interesado tu cariño hácia Clotilde, y todo esto mina por su base tu reputacion que yo quiero que se conserve pura.

Inés quedó confundida y como herida de un rayo.

Habia ocultado á su hermano sus amores con Ricardo en la época en que soñaba ser feliz, y su sorpresa, al verle instruido de ellos, le dejó anonadada.

Pero aquella sorpresa que la condenaba fué instantánea

Su corazon recobró bien pronto toda su energia, y levantando con dignidad la cabeza, dirigió con tono de reconvencion estas palabras á D. Emilio:

—¿Y tú has podido escuchar esa ofensa á la familia, sin castigar al que tal injuria ha osado proferir?

—Es que nadie se ha atrevido á decírmela directamente: he llegado á saber que las gentes se ocupan en acusarte, y nada mas;

pero esto es bastante para que yo trate de unir á esa jóven con el hombre que le he elegido, exigiendo de tí, que tengas la suficiente abnegacion para manifestarte indiferente á ella.

—¡Indiferente.....!

Exclamó Inés con el acento de la mayor amargura.

—Es preciso: tu honor y mi reputacion lo exigen.

—¡Y quién puede poner en duda la una ni atacar la otra, sino ese mismo hombre á quien destinás la mano de Clotilde? Sí; nadie mas que Duval: Duval, que ya otra vez tuvo la osadía de interpretar mi cariño hácia la jóven de una manera poco digna, y que despues, para vengarse sin duda de mi oposicion y arrancar mi consentimiento, ha creido conveniente ponerme en la dura alternativa de acceder á su deseo ó de manifestar que me ligan á Clotilde otros sentimientos que el de la amistad y el cariño.

—Yo no sé de dónde ha tomado origen esa voz: solo sé que tu reputacion y la mia

pueden padecer, y que esto es preciso evitar á todo trance. Por lo mismo, espero que estarás mas dócil dentro de un momento, y que tú serás la primera en hacer entender á Clotilde la conveniencia de este enlace, y que procurarás se verifique dentro de un instante, como está dispuesto. Tienes suficiente talento para conocer la fuerza de mis razones, y nada tengo que añadir ni que escuchar. Adíos, querida Inés;—añadió tomandole cariñosamente la mano:— Sabes que te amo con todas las veras de mi alma. No me acuses, pues, de severo ni de injusto: mi resolucion conoce hoy una causa justa, por mas que alcance yo que la maledicencia es la que empieza á tener la osadía de hincar su enconado diente en tu virtud sin mancha. Lejos de acusarme, compadéceme, pues, hermana mia.

Y salió de la pieza dirijiendo á su afligida hermana, una mirada de cariñosa compasion.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Inés al mirarse sola:—¡Han llegado á poner en duda mi honor.....! ¡Oh! ¡este golpe es mas

terrible que todas mis anteriores desgracias....!

Y la hermosa quedó profundamente abatida.

—¡Madre mia.... madre mia!—Dijo en aquel instante Clotilde saliendo de su cuarto y abrazando á la bondadosa mujer que padecía por su causa.—Estoy resuelta á unirme al señor Duval.

—¡Clotilde, Clotilde mia...! ¿has escuchado...?

—Todo, madre mia; y mi resolucion es irrevocable: su honra de vd. antes que mi felicidad. La oposicion de vd. á este enlace ha dado origen á injuriosas sospechas, y es preciso destruirlas en su cuna.

—Pero ¿tú crees en ellas?

—¡Ah! ¡nunca, madre mia! Yo no ereo sino en vuestra virtud; en que es vd. la mas apreciable, la mas buena de todas las mujeres, en su inocencia y en su amor hácia mí....!

—¡Gracias, gracias!—Exclamó Inés abrazando con afan á la jóven y colocando en su frente un beso de gratitud.—Veo que

nada he perdido en tu estimacion y en tu aprecio, y esto me vuelve la calma y la felicidad.

—¡Perder, cuando es mas grande que nunca mi amor hácia vd!

—¡Oh! tú no sabes Clotilde todo el consuelo que vierten en mi corazon esas palabras.

—Como vierten las de vd. en el mio al escuchar que le proporciono ese bien.

—¡Cuán buena eres!

—Pero yo quiero, madre mia, que nadie vuelva á ofender á vd. con suposiciones indignas, y para realizar este deseo, es preciso que se celebre inmediatamente mi union con Duval, como está dispuesto.

—Pero ese es un sacrificio terrible para tí.

—¡Y qué importa? ¿No ha hecho vd. mil y mil por esta desgraciada? Sé que la pena acabará con mi vida.... que no podré sobrevivir á la desgracia de renunciar para siempre al amor de Leopoldo.... al hombre que idolatro con todo mi corazon....!

Pero ¿qué importa mi vida cuando se trata de la tranquilidad, de la honra de vd., madre mia?

—¡Ah! ¡eres un ángel, Clotilde, un ángel de virtud y de abnegacion!—Dijo Inés inundándola de besos y de cariñosas lágrimas:— Pero no; jamás permitiré que labres por tí misma las cadenas de tu infelicidad! ¡jamás!

—¡Sobreviviré tan poco á mi fatal enlace, madre mia, que mis tormentos termirán muy pronto por fortuna!

—Pero no mis penas por tu muerte.

—Las penas se dulcificarán con las lágrimas; pero el veneno de la deshonra, lejos de dulcificarse con el tiempo, cobra creces martirizando sin descanso la existencia que se arrastra entre el desprecio y la befa de la sociedad. Sé que es vd. víctima de una infame calumnia; pero esa calumnia solo se conjura y se destruye permitiéndome unirme al hombre á quien saben aborrece vd. mas que yo misma.

—¿Y Leopoldo? ¿qué será de Leopoldo desde el momento que pertenezcas á Duval?

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo!

Exclamó Clotilde con voz conmovida y vertiendo abundantes lágrimas.

—¿Podrás abandonarle, desgarrar su corazón, y condenarle á perpétuo llanto?

—¡Oh! ¡madre mia, madre mia!

Y la jóven no pudiendo continuar, porque los suspiros embargaban su voz, estrechó entre sus manos la de su bienhechora, humedeciéndola con sus lágrimas.

Inés, profundamente conmovida acercó contra su pecho á la afligida jóven, acarició su finísimo cabello, fijó en su apacible rostro una dulcísima mirada, y le dijo con tierno y cariñoso acento.

—No llores, hija mia: nunca permitiré que sacrifiques tu felicidad y la del hombre que amas, á mi reputacion y mi buen nombre. Si la sociedad me calumnia y me rechaza, tendré al menos tu cariño y tu amor que me recompensarán liberalmente mis desgracias. Pero tú ¿qué tendrás si te unes al hombre que detestas, y ves morir de tristeza al que forma el encanto de tu vida? Ni siquiera el estéril placer de mis dulces

palabras, porque Duval te alejaria de mi lado.

—¡Es verdad! Pero cuando todo eso me falte, cuando á mis solas llore la ausencia de las personas mas caras á mi corazon, me quedará siquiera una incomparable satisfaccion.

—¿Cuál?

—La de haber salvado la honra de la mujer que me ha colmado de beneficios, que ha sido mi amiga; ¡mi madre!

—¡Tu madre....! Sí.... tu madre.— Exclamó echándole las brazos la bondadosa Inés:—¿Por qué he de privarme de la dicha de que me des ese hermoso nombre?

Y las dos se abrazaron con la mas viva emocion de amor.

El reloj dió en aquel momento una hora, y Clotilde se estremeció.

—¡Adios, madre mia!—dijo levantándose:—ha llegado el instante crítico del sacrificio. ¡Adios! ¡y si algun dia llegase Leopoldo á echarme en cara el paso que doy... dígame vd., se lo ruego, el esfuerzo que me cuesta! dígame vd. que solo he amado á él

en el mundo.... que le amo aún.... que el deber sagrado de salvar la honra de vd. me ha conducido al altar.... ¡al altar que me separa de él! ¡de él que ha sido el bello ideal de mi porvenir.... mi felicidad.... mis esperanzas.... mi amor! ¡Dígale vd. que en vez de acusarme de infiel y de perjura, me llame infeliz y desgraciada.... y que me compadezca!

Y desprendiéndose de los brazos de su protectora que enternecida y anegada en llanto la estrechaba contra su pecho, se alejó de aquel sitio, y penetró en su alcoba inconsolable y derramando un torrente de lágrimas.

En aquel mismo momento, un criado de la casa, marchando con sigilo, abria cuidadoso la puerta del jardin á un hombre que iba embozado hasta los ojos.

—¿Llego á tiempo?

Preguntó en voz baja y con misterio el de la capa.

—Sí señor.

—Pues toma tu gratificacion, y condúcame al sitio convenido.



El criado cerró la puerta del jardín sin hacer ruido, y caminando sobre las puntas de los piés, se dirigió, seguido del embozado que marchaba con las mismas precauciones, hácia una puerta gótica bastante alta; la abrió con mucho cuidado, y penetró en una capilla, iluminada entonces por una lámpara.

—Aquí puede vd. ocultarse.

Le dijo indicándole una especie de sacristía.

—Pero ¿no entrará nadie en ella?

—Nadie.

—Perfectamente.

Dijo el embozado penetrando en el sitio señalado.

—Ahora, hasta luego: suplico á vd. que nadie llegue á saber que yo le he abierto á vd. la puerta.

—Pierde cuidado.

—Adios: oigo ruido: sin duda se acercan.

Y desapareció dejando al hombre que había conducido, entregado á la inquietud y á sus meditaciones.

## CAPITULO XVIII.

En la capilla.

Cinco personas se encuentran reunidas en una brillante y bien adornada sala: dos bellísimas mujeres, vestidas lujosamente, dos caballeros con traje negro cortado á la moda, y un sacerdote de aspecto venerable que revela en sus nobles facciones la pureza de una alma evangélica.

En el apacible y hechicero rostro de la mas jóven de las mujeres, se ven pintados el dolor, la resignacion y el sentimiento.

En el de la de mas edad, aunque jóven aún y hermosa como la primera, se retratan la gratitud, el cariño y el pesar.

A sus bellísimos ojos, velados por el tin-